



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Pastores y testigos

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 10, 1-10 (4º Domingo de Pascua - Ciclo A – 7 de mayo de 2017)



Se dice en el lenguaje coloquial que “una imagen vale más que mil palabras”. La sabiduría popular recoge en esta máxima uno de los desafíos más importantes para quienes se dedican a acompañar, animar, liderar u orientar a las personas en sus diferentes procesos de crecimiento: personal, laboral, familiar, de fe, etc.: **la coherencia** entre lo que piensan, dicen, sienten y hacen. En el ámbito de la comunidad de los creyentes, de los que

seguimos tercamente apostando por el proyecto de Jesús de Nazaret aunque para muchos sea algo pasado de moda, esta máxima se puede traducir en la necesidad de **testigos**, de hombres y mujeres a los que su coherencia interna los convierte en iconos y en ejemplos a seguir. Por supuesto que la ciencia teológica y el rigor académico de los pastores son necesarios pero, por encima de estas cosas, aparece una vida totalmente seducida por Jesús y su proyecto. Una vida en la que los últimos y las causas justas no son divertimentos ocasionales sino la razón prioritaria de su entrega y su misión. Una vida que no teme ser entregada ante la urgencia de trabajar por la Vida Digna para todas y todos.

En el lenguaje de Jesús, esos testigos, esos iconos que caminan con su pueblo, son los pastores. El Evangelio de Juan, precisamente, nos propone algunas características de un pastor a la manera de Jesús:

Conoce las ovejas y las llama por su nombre. Un pastor, según el modo de proceder de Jesús, no se encierra en su despacho esperando que “las ovejas acudan a él” sino que sale y las busca para compartir con ellas su vida, sus preocupaciones, sus ilusiones y sus desafíos. La implicación con la suerte de su pueblo despierta en él la creatividad y la audacia para encontrar los caminos que conduzcan a las “fuentes tranquilas” que, en el lenguaje contemporáneo, son las que sacian la sed de desarrollo, de vida digna, de justicia, de libertad y, sobre todo, de sentido. Como no faltan las críticas a quienes adoptan este modo de proceder, me atrevo a puntualizar que el conocimiento cercano y la implicación con el pueblo, cuando persigue la promoción de las personas y no réditos personales, no es del todo justo calificarlo como populismo.

Respeto la libertad. Un pastor a la manera de Jesús no domestica ni prolonga la infancia de su comunidad. Su proceder, desde el respeto a la libertad e inspirado en el conocimiento de las potencialidades y las fragilidades de las personas a él confiadas, sugiere caminos y abre horizontes de manera que las personas puedan “entrar y salir para encontrar pastos”. Su forma de guiar no se basa en la trasmisión de ideas sino que, como buen educador, *acompaña y dinamiza* los procesos de un crecimiento humano y liberador.

Conocen a Jesús y ayudan a ir hacia Él. Hay una clave fundamental para ser pastor a la manera de Jesús: conocerlo, amarlo y seguirlo. No se puede ser guía de la comunidad sin entrar por la puerta del rebaño que es Jesús, es decir, sin tener una profunda e íntima relación e identificación con Él y con su proyecto. El pastor, que no se siente dueño sino administrador del rebaño, no busca su propio beneficio o que le sigan a él, eso sería ser ladrón. Su trabajo consiste en suscitar la pasión por el Reino y ayudar a generar en las personas el deseo de identificarse con Jesús y de entrar por la puerta de los valores del Reino.

Pastores de puertas abiertas. Jesús es la puerta. ¿Podemos imaginar a Jesús como una de esas puertas blindadas de los bancos? Tal vez no. Su corazón misericordioso y compasivo nos revela una puerta abierta, con capacidad de acoger a todas las personas que, con sus aciertos e incoherencias, quieren ser discípulos suyos. Claro que entrar por esta puerta requiere comprometerse con un estilo de vida evangélico, pero, para el que con sinceridad busca a Jesús, la puerta está siempre abierta. Sin ninguna pretensión de querer ser “monedita de oro” para quedar bien con todo el mundo o de aparecer como el “bueno de la película”, creo que como Iglesia es conveniente que examinemos algunas actitudes que, en lugar de abrir puertas y generar oportunidades para entrar en la comunidad de los discípulos de Jesús, cierran o dificultan el acceso de no pocos. ¿No será más provechoso y evangélico, en lugar de aferrarnos al “siempre se ha hecho así”, al anatema, al juicio y al señalamiento, abrir canales de diálogo, de comprensión y de misericordia?

Pidamos a Jesús, el Pastor Bueno, que nos haga a todos, según nuestra vocación en la comunidad, auténticos pastores y guías, auténticos compañeros de camino.